



Pequeñas infamias por Carmen Posadas

¿Quién teme al abominable hombre de las nueve?

Como sudaca que soy, una de las cosas que más me llamaron la atención al llegar a España fueron sus horarios. Por ejemplo, a las cinco de la tarde, cuando en la mayoría de los países terminaba la jornada laboral, aquí recién comenzaba la actividad vespertina. Además, como para mi desgracia ahora tengo problemas para conciliar el sueño, el hecho de que aquí las salidas nocturnas acaben como mínimo a las dos de la madrugada me ha granjeado una merecida fama de rollazo, puesto que me gusta quedar tempranísimo. En dos palabras: si fuera tío, seguro que me llamaban el abominable hombre de las nueve. Ésa es la razón por la que (y sé que al decirlo voy en contra del sentir de la mayoría de las personas) soy ferviente partidaria de la racionalización de los horarios. Cuando España estaba jugando los Mundiales de Fútbol en Alemania, recuerdo la befa de los comentaristas deportivos sobre las costumbres horarias europeas: «Nuestros pobres muchachos —decían ellos compadecidos— han tenido que meterse entre pecho y espalda un plato de espaguetis a la inaudita hora de las doce del medio día; así no hay quien rinda luego». Bueno, tal vez las doce del medio día sea «una hora inaudita», pero más inaudito me parece a mí, por ejemplo, que las discotecas no empiecen a animarse hasta las dos de la madrugada. Según he podido enterar-

me leyendo una interesante entrevista a Ignacio Buqueras, que preside una comisión para armonizar nuestros horarios con los europeos, antes de 1930 los horarios españoles no diferían de los de aquéllos: se almorzaba entre las doce y la una y se cenaba de siete a ocho de la tarde. El cambio vino con la guerra civil y las razones —aún no muy estudiadas— quizá puedan estar en las dificul-

en España se trabajen más horas, nuestra productividad es baja y en la Unión Europea somos los terceros por la cola, superados sólo por Grecia y Portugal. En otras palabras, se da más valor a la presencia que a la eficacia. Hay situaciones en la vida que, por estrafalarias, injustas e irracionales que sean, nadie parece cuestionar. Por eso me interesa mucho qué piensa hacer el Gobierno con la proyectada Ley de Igualdad y Conciliación Familiar. Es evidente que unos horarios más racionales redundarían en beneficio de todos y, en especial, de la familia. Se habla mucho de los llamados 'niños del llavín', esos a los que sus padres proporcionan una llave de casa para que puedan subir, hacerse la merienda y luego apoltronarse ante la tele o la PlayStation. Se habla de la falta de comunicación y de padres —y sobre todo madres— con complejo de culpabilidad por estar ausentes. Se habla mucho, pero nadie piensa que sería relativamente sencillo mejorar

Hay una ley tácita que impide que uno se marche antes que el jefe, y si el jefe se queda hasta las nueve...

tades de la posguerra y, sobre todo, en el pluriempleo. Pero es curioso que ahora, cuando España es uno de los países más prósperos del mundo, los españoles sigan siendo los que cumplan alrededor de doscientas horas más de trabajo al año. Muchas de ellas no remuneradas, porque existe una ley tácita que impide que uno se marche antes que el jefe, y si el jefe se queda hasta las nueve... La precariedad laboral hace que nadie se atreva a reivindicar sus derechos. Ni los empleados ni el jefe. Porque éste está haciendo buena letra para complacer a sus superiores; sus superiores por su parte alargan la jornada para dar buen ejemplo, y así resulta que de cinco a nueve todo el mundo trabaja gratis. Hay que decir, además, que, a pesar de que

todo esto. Como ya les he comentado alguna vez, yo no me considero feminista al uso. Es más, me molesta mucho ese tonto discursito de «nosotras somos las más guays», pero pienso, en cambio, que posiblemente seamos las mujeres las que más podríamos ayudar a cambiar unos hábitos que no por extendidos dejan de ser absurdos. Se espera que este mes se alcance un máximo histórico en empleo femenino: ocho millones de mujeres, casi el doble que en 1994. Para nosotras, compaginar la vida laboral con la familiar es aún más importante que para ellos. Por eso confío en que sea nuestra voz la que se alce y acabe con una situación que, realmente, no beneficia a nadie. ■

www.xlsemanal.com/carmenposadas



por Juan Manuel de Prada

Horarios

Se ha hablado mucho durante los últimos años de la necesidad de «racionalizar los hábitos de los españoles». Las prospecciones demoscópicas aseguran que somos, entre todos los europeos, los menos eficientes de Europa, pero también quienes más alargan la jornada laboral. Inevitablemente, esta prolongación de la jornada hasta horas lindantes con la noche provoca a su vez un deterioro de las relaciones familiares, así como una extensión desesperada, casi agónica del ocio hacia la madrugada. Un análisis de los hábitos de consumo televisivo de los españoles nos revela que somos, entre todos los europeos, quienes más apego sentimos hacia la programación nocturna; puesto que el inicio de la jornada laboral española es aproximadamente el mismo que en otros países europeos, hemos de deducir que somos quienes más cansados llegamos a la oficina o al andamio. Este cansancio enseguida se traduce en las más variopintas calamidades: la más aflictiva de todas quizá sea el muy elevado número de accidentes laborales que se registran en nuestro país, muy superior al de otros países de nuestro entorno.

El panorama no puede ser más desolador: cansancio y somnolencia con su cortejo de trastornos psíquicos y alteraciones de la conducta, descenso de la productividad, aumento de la siniestralidad laboral, mala administración del ocio, depauperación de los afectos familiares... ¿Hace falta seguir? Cuando se proponen soluciones que traten de menguar estas calamidades, siempre se invoca la peculiaridad hispánica, esa presunta idiosincrasia jaranera que nos

obliga a convertir nuestros almuerzos en festines pantagruélicos que nos dejan hechos unos zorros. También suele alegarse que el español propende a la vida nocturna, por temperamento y también por incitación del clima. Creo que en esta caracterización un tanto tópica del español subsiste un cetrino afán de pintoresquismo. Aquel *Spain is different* que llegó a convertirse en proclama turística y coartada de nuestras más cochambrosas vagancias y chapucerías ha encontrado una nueva fórmula de expresión: si renunciáramos a nuestras comidas siempre tardías y alargadas hasta la exasperación y nos recogería-

ejemplo, los franceses, a quienes nadie podrá acusar de descuidar los placeres que hacen más llevadera la existencia, ni de renegar de las satisfacciones que brinda el paladar. Sin embargo, el tiempo que destinan al almuerzo es casi una hora menos que el que empleamos los prolijos españoles. De este modo, al no extraviarse en farragosas sobremesas, pueden regresar antes a casa.

Quizá sea la hora tardía de regreso a casa la que esté causando un mayor daño en nuestra salud social. Esos padres que vuelven derrengados al hogar a las ocho o las nueve de la tarde, después de una jornada que se ha estirado durante más de doce horas, ya no tienen tiempo ni ganas de dedicar tiempo a unos hijos que crecen expuestos al adoctrinamiento televisivo. Acabamos de saber que tres de cada cuatro profesores de enseñanza secundaria han padecido agresiones físicas o verbales de sus alumnos; creo que estos com-

Nuestros abuelos comían y cenaban antes que nosotros, se acostaban a horas más benignas, y no por ello se les puso cara de finlandeses

mos antes de la medianoche dejaríamos de ser españoles. Nada más alejado de la realidad. Basta volver la vista atrás y recordar los hábitos de nuestros abuelos: comían y cenaban antes que nosotros, se acostaban a horas mucho más benignas, y no por ello se les puso cara de finlandeses o suizos.

Es cierto que algunos hábitos extendidos por los países europeos más laboriosos postulan una existencia casi inhumana. Los holandeses, por ejemplo, convierten el almuerzo en un receso laboral de apenas media hora: mordisquean un sándwich de aspecto palúdico (ja veces acompañado de un vaso de leche!) y enseguida vuelven al tajo, como ejecutantes de una condena más acongojante que la de Sísifo. Pero ahí están, por

portamientos los explica, en una proporción nada exigua, el derrumbe de las estructuras educativas familiares ocasionado por unos horarios laborales que convierten el trato entre padres e hijos en una labor ímproba, casi irrealizable.

Mi amigo Ignacio Buqueras, presidente de la Comisión Nacional para la Racionalización de los Horarios, lleva algún tiempo empeñado en corregir estos hábitos tan perniciosos como estrafularios. Ha logrado implicar en su empeño a instituciones, medios de comunicación, organismos públicos y empresariales; ya sólo le falta implicar también a los españoles, empeñados en suicidarse poquito a poco. ■

www.xlsemanal.com/prada